

# Introducción

## I. Oración a Nuestro Señor Jesucristo

Oración escrita por el ilustrísimo señor Marco Fidel Suárez en 1913. Presidente de la República de Colombia. 1918-1921. Y tomada del libro: “De Sima a Cima o Marco Fidel ante la Conciencia Colombiana”.

La persona de Nuestro Señor Jesucristo, Dios y hombre verdaderos, se presenta de tal modo a la inteligencia humana que la satisface y la sosiega. Desde que nuestra mente medita en la deidad, la percibe como grandeza soberana, esto es, como ser infinito, porque según la expresión de San Fray Luis de Granada: “Nada hay grande sin límites”. La divinidad de Cristo sacia así nuestros más hondos anhelos; y al mismo tiempo su naturaleza humana, a la cual se une el Ser infinito, concreta esta idea agobiadora en un hombre más levantado en perfecciones que todas las criaturas, en un hombre que es nuestro hermano y nuestro amigo, a quien podemos hablar, y de quien podemos esperar, no frívolos favores, sino beneficios de bien incomparables.

Del mismo modo, la persona de Nuestro Señor Jesucristo armoniza con nuestro corazón y con sus aspiraciones y sus necesidades. El distintivo de nuestro ánimo son las tres pasiones de las que habló el apóstol del amor divino cuando dijo: “Porque todo lo que hay en el mundo, la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la soberbia de la vida, no es del Padre sino del mundo. Y el mundo, con su concupiscencia, pasa, mas el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre”<sup>1</sup>.

La conciencia propia y el trato con nuestros semejantes nos dicen que, efectivamente, la vida es una feria en donde de ordinario se piensa y se obra al impulso del amor a los placeres y a los deleites, del amor al dinero con que aquellos se obtienen, y del orgullo o prurito de superioridad.

A poco que se medite en estos tres estímulos se reconoce que ellos son desordenados, pues el placer no puede ser fin de nuestra actividad, porque una vez aumentado indefinidamente daña la naturaleza; ni el oro es un bien cuando sobrepuja la satisfacción de nuestras necesidades; ni la soberbia puede jamás justificarse puesto que se opone a la igualdad esencial de las almas.

Nuestro Señor Jesucristo en su nacimiento, en su vida y en su muerte, es el contraste de aquellos tres desórdenes. Varón de dolores, Él lo fue desde que empezó a respirar en un pesebre dismantelado y frío y hasta que expiró en la santa cruz, sufriendo todas las penas, excepto el remordimiento. Su pobreza fue tal, que viviendo de su trabajo de obrero o de las tareas de su predicación,

---

<sup>1</sup>. I San Juan II, 16-17

careció de cuna, de techo, de mortaja y de sepulcro. Manso de corazón, se anonadó a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de esclavo<sup>2</sup>.

De suerte que la vida del Señor Jesús es un tejido de austeridades, privaciones y abatimientos, con los cuales acude como maestro y redentor a vencer la soberbia, la codicia y la concupiscencia de los mortales, brillando sí, su ser divino, aún en medio de aquellos sacrificios, pues cuando ayuna en el desierto, los ángeles le sirven; cuando cursa los caminos de su patria, sin más bienes que una túnica, alimenta con unos pocos panes a millares de hombres; y cuando expira entre malhechores, la tierra tiembla y los astros se oscurecen.

Esas virtudes de Nuestro Señor Jesucristo purifican y enaltecen la naturaleza humana. En primer lugar, la austeridad de Nuestro Señor exalta el dolor, que no siempre es un mal, sino un gran elemento de vida. La placidez del ánimo y el contento del que lo posee, cuando sus actos son ordenados, es un mal, cuando no corresponden a ese orden; y además el sufrimiento, o sea la victoria de la voluntad sobre el dolor, es fuego que temple y crisol que purifica. El martirio, que es un dolor heroico al servicio de la verdad y de la justicia, es fecundo en dichas porque produce gloria. Cristo, rey de los mártires, es modelo y causa de magnanimidad, de esto que hoy se llama elevación del carácter.

Al someterse el Dios hombre a la muerte, nos dio de ella la verdadera idea, presentándola como el fin de una existencia preparatoria, y como la puerta que da entrada a la inmortalidad; nos enseñó también a vencer esa cruel enemiga, pues cuando ella sume en la fosa de un sepulcro nuestra dicha, entonces Él nos levanta el corazón, recordándonos que es muerte de la muerte, y que el Apóstol San Pablo le llama el Dios de la esperanza; y nos enseñó así mismo a recibirla y a soportarla, y a beber su amargo cáliz, verificando el poema sublime que comienza: *ven, muerte tan escondida*; como cuando el padre Francisco Suárez expiró diciendo: “¡oh que dulce es morir!” Y Santa Teresita del Niño Jesús exclamaba antes de morir: “¡no muero, entro a la vida!” Y el mismo maestro dijo: “Y Yo, una vez levantado de la tierra, lo atraeré todo hacia Mí”<sup>3</sup>.

En segundo lugar, la humildad de Cristo engrandece a sus imitadores, pues al propio tiempo que ellos se tienen en nada y menos que nada, cuando se comparan con aquel modelo infinito, resultan grandes por su conformidad con la voluntad divina, es decir, por la obediencia a la ley de Cristo, y por el cumplimiento del deber. ¿Quién más humilde que San Pablo, siervo de sus hermanos, y obediente en las cadenas? Y sin embargo, aquel vaso de elección puesto por el cielo para evangelizar el paganismo, al someterse este a la gloria de Dios, conquista para sí inmortal corona: “Porque yo ya estoy a punto de ser derramado como libación, y el tiempo de mi disolución es inminente. He peleado el buen combate, he terminado la carrera, he guardado la fe. En adelante me está reservada la corona de la justicia, que me dará el Señor, el Juez justo, en aquel día, y no sólo a mí sino a todos los que hayan amado su venida”<sup>4</sup>.

¿Quién menor que San Francisco, obligando al hermano a que le huelle la cerviz? Y no obstante, aquel pobre prodigioso granjea tanto mérito al moralizar y convertir generaciones depravadas, que todos lo enaltecen como serafín humano y bienhechor de nuestra especie...

---

<sup>2</sup>. Cf. Filipenses II, 8

<sup>3</sup>. San Juan XII, 32

<sup>4</sup>. II Timoteo IV, 6-8

El Señor Jesús enseñando la humildad, rectificó la idea de la gloria. Esta es idolatría cuando tiene por fin al mismo individuo, y cuando hace nacer en los otros la adulación y la lisonja, y entonces produce sin falta una reacción de abatimiento, sacando verdadero el oráculo divino: “Porque el que se levanta, será abajado; y el que se abaja será levantado”<sup>5</sup>.

Pero cuando el cristiano apartando los ojos de su nada, y los eleva al Dios de la majestad, único objeto de adoración y rendimiento; cuando pone por fin de sus esfuerzos la gloria del creador, cual lo hizo el gran capitán de la compañía de Cristo; entonces, a vueltas de esta gloria le viene a él mismo, sin quererlo y sin buscarlo, la honra de poderse llamar hombre de Cristo y su fiel discípulo.

Finalmente, la pobreza de aquel que fue más pobre que las aves del cielo, educa al hombre, haciéndole ver las riquezas como ídolos indignos de sus desvelos; pero al mismo tiempo, ese despojo voluntario enriquece al individuo, pues le da los medios de servir a la sociedad de sus hermanos. Por eso la pobreza del evangelio ha sido desde el principio una fuente de civilización material; prolongando los últimos tiempos del imperio degenerado; puliendo y enseñando a los bárbaros que bajaban de Escandinavia o de las llanuras del Ponto, sacándolos a la cultura desde los pantanos de Germanía; conquistando y colonizando las tierras del nuevo mundo; y hoy mismo, proveyendo a las necesidades sociales por medio de La Salle, o de Don Bosco...

La pobreza evangélica de los imitadores de Cristo acarrea a la larga inmensa copia de prosperidad y bienestar. Un caballero español, doctor de la universidad de París, movido por la gracia de Dios emprende viaje para civilizar las tierras del Himalaya y del Ganges, y después de recorrer treinta mil leguas obrando milagros y haciendo bienes incalculables, muere de muerte solitaria en una de aquellas costas; pero las huellas de este apóstol son tan luminosas y sus expediciones han sido tan benéficas y admirables, que mucho tiempo después, al pasar los marinos de Inglaterra frente al promontorio donde murió aquel héroe, detenían sus navíos y hacían resonar las soledades del mar de la India, saludando a San Francisco Javier con los honores de almirante. También el héroe santo de Loyola, después de consagrarse a Dios, anda como pobre peregrino de lugar en lugar, frecuentando los hospitales, mezclado con los niños en las escuelas, encarcelado a veces por perversidad de los hombres; pero su obra humilde se desenvuelve presto tan fecunda y valiente, que cuando el santo se dormía en el Señor, pudo legar a sus hijos por testamento estas palabras: “os dejo un mundo”.

De modo que el Dios-hombre, como ejemplar y como maestro, corrige en el hombre aquellas tres concupiscencias, pero sin abatirlo, antes por el contrario, convirtiendo las sensualidades en heroísmo, la codicia en beneficencia, y la soberbia en engrandecimiento, todo esto mediante la gloria debida al creador. Así es que Cristo, mandándonos ser perfectos como su Padre celestial, realiza en medio de los hombres una como fábrica de modelos de pobreza, austeridad y humildad, que mantienen levantada la idea de la perfección y exaltan el blanco a que tiran los esfuerzos de la virtud. Cuando por esas calles va una de aquellas criaturas que ha hecho pacto con la castidad, con las privaciones y con el abatimiento; conduciendo filas de huérfanos; o pidiendo la limosna para los desamparados; o en busca de enfermos; o llevando a las escuelas la enseñanza; o regresando de los desiertos, en donde truecan al salvaje en ciudadano; o

---

<sup>5</sup>. San Lucas XIV, 11

convirtiendo en poblaciones las selvas; cuando esto vemos, podemos pensar que esas modestas criaturas por un lado imitan a Nuestro Señor Jesucristo y por otro están dando a los hombres la voz de excelsior para que perfeccionen y adelanten.

Iluminada así nuestra raza por el ejemplo y la doctrina de Cristo, exaltada así en presencia del pesebre y de la cruz. ¡Qué campos tan vastos se le abren al hombre en el orbe y en los siglos para buscar la perfección bajo los destellos de aquel iluminar infinito! ¡Qué elevado modelo, qué poderoso estímulo el que lleva al hombre en pos de su glorioso fin! “Esta esfera que rueda en el espacio húmeda de lágrimas y de sangre, arrojada con las cenizas de la muerte”, según la expresión de Juan Pablo Richter. ¡Cómo se ilumina y refresca bajo las huellas de Cristo! Que con su obra de libertador divino hace recordar aquellas palabras inspiradas: *Tenebrae transierunt, et lumen verum jam lucet!*: pasó la noche, ¡ya está alumbrando la verdadera luz!

Ante todo en presencia del Señor Jesús, el paganismo con sus tinieblas y su crueldad, con sus perfidias y concupiscencias, es vencido por la ley de la hermandad cristiana. A poco vivir experimentados que sin los influjos de Cristo, es muy cierto que el hombre es un lobo para el hombre, y muy verdadero aquello que dijo el padre Rivadeneira: “El hombre vive entre enemigos”. Ante este hecho, el individuo llevado de sus instintos, o se encoge de hombros despreciando a los demás y repitiendo con el otro: “mientras más conozco a los hombres más estimo a mi perro”; o adopta por partido la misantropía, menos fea que aquel desprecio indiferente, pero más amarga para el que la padece y más dañina para la sociedad. Pero por encima del escepticismo que desprecia y de la misantropía que odia y se querella, se levanta la ley de la caridad sobrenatural, porque excede a la naturaleza basada en la redención de Cristo, que ha establecido la fraternidad de los hombres, y corrobora por el reconocimiento de que las injusticias ajenas son imágenes reducidas de nuestras propias injusticias. Y por sobre este concepto de la caridad y de la tolerancia, se escucha confirmándolo aquella conmovedora palabra de nuestro divino salvador: “Mas Yo os digo: amad a vuestros enemigos, y rogad por los que os persiguen”<sup>6</sup>.

La caridad es el mandamiento nuevo, ratificado de un modo particular por Nuestro Señor Jesucristo, quien en el momento de instituir la sagrada eucaristía, se dio por alimento de los hombres, en toda la realidad de su naturaleza divina y humana, y en toda la plenitud de su persona infinita. En este misterio de los misterios, en este sacramento de los sacramentos, se ostenta de un modo pasmoso, aterrador, el abismo del amor infinito y divino. ¿Qué diríamos en verdad, si viviendo un pobre Lázaro a la vera de un camino, bajo una triste enramada, soportando el frío del invierno y el sol del verano, sintiendo la espada de sus dolores, y el dolor de verse abandonado y sólo? ¿Qué diríamos si a Bonaparte le hubiera venido en voluntad el día siguiente al de su coronación, ir a visitar aquel pobre, y bajando de su imperial carroza, entrar en su tugurio y saludarle con estrecho abrazo y amorosos ósculos, y no sólo alimentarlo y asearlo, sino permitirle que su propia sangre fuese transfundida en las venas de aquel desgraciado? ¿Qué diríamos al escuchar esta maravillosa historia de amor? Seguramente no la creeríamos. Pero si ella hubiera acaecido, ella sería nada comparada con el amor de Nuestro Señor Jesucristo, que se une sustancialmente al hombre, porque entre este y el Señor Jesús, va la diferencia infinita que media

---

<sup>6</sup>. San Mateo V, 44

entre Dios y nuestra miseria; y mientras que en el emperador y en el leproso, no hay en resumidas cuentas, otra diferencia personal e intrínseca, sino la salud, diferencia que dura apenas lo que tardan los obreros del sepulcro en empezar a devorar de un mismo modo, al ungido de la gloria y al esclavo del infortunio.

El nuevo testamento de la caridad de Nuestro Señor Jesucristo, sellado con su pasión, y garantizado con su presencia real en la santísima hostia, diviniza en cierto modo las relaciones entre los hombres. De la santa cruz, símbolo de ese sacrificio y de ese sacramento, brota el raudal de la misericordia que disipa la ignorancia, rompe las cadenas, y ampara, alivia, o consuela las desgracias; esa caridad es, dígame lo que se quiera, la única solución que puede ofrecerse al pavoroso problema de la distribución de los frutos del trabajo, y a la formidable colisión de intereses y pasiones entre las clases sociales. De allí mismo fluye la idea de la justicia, fuente del derecho, de la libertad y de la paz, base del orden público, y clave de las relaciones entre los individuos, entre el individuo y el estado, y entre los diversos estados que forman la sociedad de las naciones; fuera de esa justicia cristiana, en los pueblos que la repudian, no existe sino el influjo póstumo de sus antiguas inspiraciones y tanteos estériles, como el de la paz universal, que resulta completamente irónica e invertida, cuando trata de guiarse por un faro distinto de la estrella de Belén.

El Señor Jesús, influyendo sobre el mundo por medio de su santo evangelio, de su Santa Iglesia y de su presencia real en la sagrada eucaristía, redime perennemente. A Él, crucificado en desnudez lastimosa, acude el pobre que carece de pan y abrigo. A Él, puesto entre infames, afrentado y calumniado, vuelve los ojos el que se siente injustamente perseguido, o convertido en lúbrido de los hombres. A Él, coronado de espinas, se dirige el que padece los dolores de la mente, recuerdo del bien perdido, la viudez amarga, la comprensión del propio mal, la comprensión de la injusticia ajena. A esas manos clavadas, pide alivio aquel que no puede obrar porque se le desconocen sus propios derechos. A esos pies adheridos a un tosco madero, pide libertad aquel que sabe ¡qué áspera es de subir la escalera de un amo! A Él, descoyuntado, y hecho retablo de heridas y de sangre, se dirige el que siente las enfermedades de este cuerpo, pasto ahora de pasiones y mañana de gusanos. Y a Él, acude el que acaba, porque Él, a fin de completar su redención, quiso también ser moribundo y enseñarnos a morir.

El Verbo humanado es cabeza de su Santa Iglesia, que está formada por todos los que están unidos por la doctrina de Nuestro Señor Jesucristo, por la participación de su gracia en los siete sacramentos, por la oración y, por la obediencia a su infalible Espíritu Santo y a su vicario en la tierra. Esta Santa Iglesia de Dios comprende las naciones, abraza los siglos, y resiste el oleaje del tiempo y de la injusticia. En su centro está Cristo crucificado, difundiendo de sus santas llagas los favores de su redención y de su providencia, a través del Santo Sacrificio de la Misa; en las llagas de sus pies, recibe el llanto de los pecadores que se regeneran por el arrepentimiento; de las llagas de sus manos, corren todas las bendiciones y todos los consuelos; y en la llaga de su costado, se recuesta la pureza y se duerme la inocencia de los párvulos, de aquellos que sueñan con el cielo al sentir palpitar su sacratísimo corazón, corazón de Dios mismo: “Uno de sus discípulos, aquel a quien Jesús amaba, estaba recostado a la mesa en el seno de Jesús”<sup>7</sup>.

---

<sup>7</sup>. San Juan XIII, 23

La santidad en sus multiformes manifestaciones es obra de Nuestro Señor Jesucristo. Él es quien da a los mártires una fortaleza tan grande, que los hace superiores a los tormentos, e iguala en heroísmo a San Pablo con los niños Justo y Pastor, a la viuda Felicidad con el soldado Sebastián, a San Esteban diácono con San Cipriano obispo, al canciller Tomás Moro con los negritos de los lagos africanos; la austeridad de los anacoretas con la pureza de los monasterios; el éxtasis de la contemplación que anticipa el cielo de Él proviene. Suyas son las inspiraciones de la ley divina, expresadas por la pluma con que Luis de la Puente pintó con transparencia y sencillez insuperables los misterios de la pasión; o por el estilo con que San Juan de la Cruz escribió pensamientos de profundidad celestial; o por cuyo medio la providencia habla a cada corazón la voz que él necesita. La santidad activa y social de la beneficencia tiene al Señor Jesús por guía en todas las circunstancias y situaciones, para vencer al bárbaro, para mitigar al encomendero, para ahuyentar al pirata, para civilizar al salvaje, para contrarrestar en estos tiempos la corrupción y la crueldad de los enemigos de la inocencia y de la fe.

Todos los esfuerzos del hombre dirigidos a su prosperidad y su perfeccionamiento convergen hacia Cristo de un modo más o menos directo o inmediato, tal que con razón puede Él ser considerado como eje del verdadero progreso, su palabra, verbo eterno de verdad, es luz de las ciencias. Ella inspiró a San Pablo, y le abrió los cielos para que contemplase los misterios de la redención. Iluminó a San Agustín dándole la ciencia de la gracia, e inspirándole la divina filosofía de la historia, donde después trazó Bosuet la sociología de los siglos, su fe, aplicada a los pensamientos gigantescos de Aristóteles, le prestó alas, sobre las cuales el de Aquino ascendió a angélicas alturas. También fue suya la inteligencia del descubridor del cálculo, más sublime comparado en la variedad de su saber al atleta que con férreo brazo era capaz de conducir un carro de ocho caballos de frente; entendimiento portentoso que después de lustrar los cielos de la sabiduría, cedió la palma del pensamiento más admirable al humilde carmelita San Juan de Yépez.

Muchos descubrimientos científicos son palmas que tapizan el vía crucis, Newton y Leibniz, maestros de la ciencia matemática, fueron hombres de Cristo. Galileo, Copérnico y Pascal le ofrendaron sus conquistas sobre las leyes de la naturaleza. Cuando Cristóbal Colón, después de navegar por un mar desconocido, y por un mar de angustias e incertidumbres, alcanzó al fin la mayor de las dichas, al golpe que esta dio en su corazón, cayó de rodillas en la arena y adoró al Señor Jesucristo. El que en su escritorio descubrió nuevos luceros era cristiano observante; y aquel lumen contemporáneo que ha merecido ser llamado *Generis humani defensor*, aquel descubridor de la vida microscópica, educada por él para la beneficencia, también confesó solemnemente la verdad cristiana.

En todos los tiempos de la era de Cristo, inclusive los que corren, Cristo ha tenido fieles entre los fundadores de imperios, entre los defensores de la libertad, entre los grandes legisladores, y aún, entre aquellos que parecen tocados por la mano de Dios para transformar las naciones como hombres fatales por medio de la guerra. Así vemos en torno de Él a esos instrumentos de la providencia en variedad grandiosa, desde García Moreno, que fue mártir suyo, y desde Guillermo I, que con devoción edificante hacía profesión de fe al manifestar sus victorias, hasta el inmaculado George Washington, que en su testamento político recomendaba a sus conciudadanos la lealtad a Cristo, hasta aquel ejemplar

sobresaliente del género humano, que después de conmover a Europa, pereció cautivo *doblegando la cerviz, al deshonor del Gólgota*. Y hasta Simón Bolívar, que a la hora de su muerte confesó la grandeza de la Santísima Trinidad.

La belleza inefable del Señor Jesús, el purísimo ideal de su doctrina y de sus ejemplos, y lo grandioso de su historia, y de la historia de su Santa Iglesia, elevan tanto las bellas artes y la literatura, que en ninguna parte brillan lo bueno y lo sublime como alrededor de su patíbulo. El gibelino que peregrinando por los reinos de la muerte cantó los eternos dolores; el gran trágico que esculpió con vigoroso estilo las desgracias humanas; y aquel que alcanzó entre todos los autores la palma de la popularidad escribiendo la comedia de risa y de lágrimas que representa nuestra vida diaria; todos tres siguieron a Cristo y expiraron en su seno.

El más bello asunto de los pinceles es la vida de sus discípulos y propia imagen, que en el martirio o en la gloria hace que el lienzo y la tierra cobren existencia celestial. Su faz divina vence en hermosura infinita la belleza sensual de Apolo, y su agonía majestuosa eclipsa la desesperación del Laoconte. Muchos de los edificios santificados con su presencia real, o donde se predica su palabra, son el sumo posible de la belleza, y vencen a las pirámides y a las torres de la arquitectura comercial moderna, que son poco en comparación de las catedrales de la Edad Media, o de aquellas que se elevan sobre la metrópoli de los mares o sobre la capital del mundo cristiano. El arte de los sonidos a cuyo poder percibe el alma ráfagas instantáneas de una dicha ultraterrena, formó para Cristo sus más escondidas creaciones; a Él adora esa música divina cuando canta los misterios del juicio final, cuando expresa el dolor de la Madre de Dios en el calvario, cuando implora la misericordia del cielo en nombre de la penitencia, y cuando hace pasar sobre la tierra, cuna y sepulcro de la razón humana, el *Réquiem* sempiterno, voz de muerte que se confunde con la voz del ángel que guarda las promesas de la resurrección.

Nuestro Señor Jesucristo es rey de las naciones, de aquellas que le reconocen como causa principal de la cultura y de la prosperidad, pero menos en aquellos días en que la locura ofusca los entendimientos, alterando la idea de la justicia y velando los rayos de la evidencia. Su evangelio es célula portentosa a cuyo derredor se forma el organismo de la libertad y del derecho, así como todo el sistema de la legislación. La igualdad y la fraternidad que en boca de ateos se reducen a ironía sangrienta, son plantas que no pueden vivir lozanas ni dar fruto sino en el huerto del Padre celestial. Por eso, son verdaderos pueblos, aquellos que en los días de sus grandes expansiones, de sus empresas gloriosas, invocan al Dios crucificado como a Dios de los ejércitos, y su santa cruz es el emblema del honor sobre el pecho de sus héroes, así como su imagen es símbolo de paz y alianza, colocada sobre la cima de los montes, bendiciendo los mares y los continentes.

Su influjo trasciende al género humano, no sólo porque este es el objeto de la expansión de su doctrina y de su Santa Iglesia, sino porque Cristo es en los tiempos el centro de donde corren las edades modernas, y a donde se dirigieron los vaticinios y presentimientos de las antiguas edades. Nuestro Señor Jesucristo es el mesías de los profetas, y al mismo tiempo el justo descrito por Platón, y tal vez el niño divino que cantó Virgilio al predecir los tiempos de justicia que habrían de descender a la tierra al revolver de los cielos. Así es que, el Dios hombre es la piedra angular de la historia, como le llama el más vacilante de sus

enemigos, y en Él se cumplen las palabras del apóstol: “Jesucristo es el mismo ayer y hoy y por los siglos”<sup>8</sup>.

Aquel caminante que anda por las sendas de nuestras montañas, que madruga a veces en medio de espléndida noche, y que al levantar los ojos siente ante su nada, ante la inmensidad de los cielos y ante los arcanos del tiempo, melancólicas fruiciones, en las cuales, se mezclan el silencio que suena en sus oídos y los destellos de aquellos *piélagos de lumbre*. Entonces, si de aquella contemplación lo sacan el orto y el ascenso de la refulgente estrella del pastor, puede recordar a Cristo que también supera en luz a todo el universo de los seres, y que dijo de sí mismo: “Yo soy la raíz y el linaje de David, la estrella esplendorosa y matutina”<sup>9</sup>.

Cristo ilustra así nuestro entendimiento; educa y reforma nuestro corazón, enalteciendo de esta suerte todas las potencias humanas; es la causa más fecunda de civilización bajo el concepto de las ciencias, de las artes y de las virtudes; es cabeza y vida de su Santa Iglesia, así como la salud de las sociedades y la base más sólida de los estados, y su mejor pacificador y maestro; domina el orbe, y es el centro de la historia, el foco y el núcleo de los tiempos; de su persona divina irradian lo verdadero, lo bello y lo bueno, en misteriosa trilogía, infinitamente más fecunda que la *trilogía hegeliana*...

Tal le podemos contemplar con los ojos de la fe y del corazón; radiante de eterna belleza, admirable de juventud inmarcesible, en medio de las muchedumbres, sobre las laderas de los collados, o a las orillas de los lagos; resplandeciente de lumbre celestial, como en el Tabor o en su ascensión gloriosa; así lo podemos oír, pronunciando palabras de vida eterna, en estilo divino, propio suyo, llamando a los pequeñuelos con lenguaje tan dulce, como la voz de la providencia fundida con lo más puro del amor maternal; o predicando su ley en forma tan clara, tan concisa, tan profunda, como no la tuvo la sabiduría griega; o empleando palabras mucho más vivas y enérgicas que las de Sófocles y Eurípides para abatir a los fariseos, a los que exaltaban la ley y la virtud en el acto de violarlas.

A Él, a ese Dios y rey de nuestras almas, a ese hermano adorado y amigo dulcísimo venimos, porque estamos trabajados y abrumados, porque deseamos trocar el yugo que nos agobia por su yugo llevadero y suave, y porque en medio de esta noche social, Él mismo nos lo ha dicho: “Soy Yo el camino, y la verdad, y la vida; nadie va al Padre, sino por Mí”<sup>10</sup>.

Él sabe que hoy en el mundo, Colombia, aunque incipiente y lacerada, es de los pocos pueblos que le confiesan, pues se consagró a su sacratísimo corazón, ha reconocido legalmente su soberanía, y ha hecho de este símbolo un acontecimiento universal<sup>11</sup>.

---

<sup>8</sup>. Hebreos XIII, 8

<sup>9</sup>. Apocalipsis XXII, 16

<sup>10</sup>. San Juan XIV, 6

<sup>11</sup>. **Cf. Nota de los autores:** consagración que fue hecha el 22 de junio de 1902; Colombia renovó la consagración al Sagrado Corazón de Jesús y fue consagrada al Corazón Inmaculado de María Santísima el 12 de octubre de 2008; El 22 de junio de 2012 el Papa Benedicto XVI se dirigió al primer grupo de obispos de la conferencia episcopal colombiana en visita *Ad limina apostolorum* con estas palabras: “Queridos hermanos en el episcopado, si la gracia de Dios no lo precede y lo sostiene, el hombre pronto flaquea en su propósito por transformar el mundo. Por eso, para que la luz de lo alto continúe haciendo fecundo el empeño *profético* y caritativo de la Iglesia en Colombia, insistan en favorecer en los fieles el encuentro personal con Jesucristo, de modo que oren siempre y participen digna y fervorosamente en los sacramentos, celebrados a tenor de las normas canónicas y los libros litúrgicos”; **ver: las profecías de Nuestra Señora del Buen Suceso. Págs. 615-618**

¡Oh Dios de amor y de poder! Da tus pies a los colombianos que queremos llorar sobre tus llagas los errores pasados; de las llagas de tus manos derrama óleo divino sobre las heridas de este pueblo que se baña en sangre; y en la llaga de tu corazón divino guarece las generaciones inocentes.

Y no permitas que ningún miembro de tu Santa Iglesia sea siervo intelectual de enemigos extranjeros tuyos. Al darte en comunión eucarística en esta hora dichosa, tus sacerdotes repiten miles y miles de veces que eres cordero de Dios que quitas los pecados del mundo y lo pacificas. Danos, pues, la paz, la paz que es don tuyo, y ¡prenda de civilización terrenal y de eterna ventura!<sup>12</sup>

## II. El Cuerpo Místico de Cristo

Extracto tomado de los libros: “Anclas sobre el Abismo”, “El Alma de todo Apostolado” y “Jesucristo Vida del Alma”.

Jesucristo es Dios, y por ello ha tenido cuidado de que su verdad, su autoridad y su vida llegasen hasta nosotros que estamos destinados a vivir en este siglo XXI. Pero ¿cómo? Del mismo modo que entonces: a través de la naturaleza humana. Cuando escribimos nos servimos de la mano para ello como del instrumento visible y material de nuestra mente invisible; así Él, que es Dios, enseñó, gobernó y santificó de la manera más perfecta, a través de su naturaleza humana, instrumento visible de su invisible divinidad. En pobres palabras, nosotros veremos su cuerpo, pero oiremos, obedeceremos y seremos perdonados por Dios presente en el Cristo.

El Señor Jesús dijo que se encarnaría en otro cuerpo, y que a través de él continuaría unido a nosotros hasta la consumación de los siglos. No sería otro cuerpo de carne como el que recibió de la Santísima Virgen María. Aquel cuerpo ahora está en la gloria, a la diestra de su Padre. Él hablaba de otra clase de cuerpo. Si buscamos el significado de la palabra “cuerpo” en el diccionario, veremos que puede significar una de estas dos cosas: algo físico o algo social, es decir, puede significar tanto nuestro organismo físico hecho de carne y de sangre, y vivificado por el alma; como también una agrupación social de personas que son consideradas como un todo único por tener los mismos ideales y ayudarse mutuamente. Así hablamos de la nación como de un “cuerpo político”, o de un grupo de profesores de universidad como de un “cuerpo docente”. Este nuevo cuerpo no será como esos, en los que la unidad del cuerpo moral procede de la voluntad de los hombres; su nuevo cuerpo social estará unido a Él por el Espíritu Santo, enviado por Él al abandonar esta tierra.

He aquí siete de las muchas verdades que afirmó Nuestro Señor Jesucristo con respecto a su cuerpo social en el que se encarnaría:

1) Nos dijo que para ser miembros de su nuevo cuerpo habríamos de nacer en su seno. No sería un nacimiento humano que nos hubiese dado solamente la condición de hijos de Adán, sino un renacimiento que sucedería a través del Espíritu Santo en las aguas del bautismo, haciéndonos hijos de Dios<sup>13</sup>.

---

<sup>12</sup>. Cf. Isafas IX, 6; San Juan XIV, 27: **ver: el testimonio de Sor Lucía. ¡Rusia se convertirá! 13 de julio de 1917. Págs. 562-564**

<sup>13</sup>. Cf. San Juan III, 5-6

2) La unidad entre su nuevo cuerpo y Él no se conseguiría cantando himnos en su honor, ni celebrando reunión benéfica en su nombre, ni escuchando mensajes radiofónicos, sino participando en su vida: “Yo soy la vid, vosotros los sarmientos. Quien permanece en Mí, y Yo en él, lleva mucho fruto, porque separados de Mí no podéis hacer nada”<sup>14</sup>.

3) Su nuevo cuerpo, como el de todos los seres vivientes, sería al principio pequeño, según lo dijo Él: “Es semejante a un grano de mostaza que un hombre tomó y fue a sembrar en la huerta”<sup>15</sup>, pero se desarrollaría bajo diversas formas hasta el fin del mundo, como Él mismo lo dijo: “Por sí misma la tierra produce primero el tallo, después la espiga, y luego el grano lleno en la espiga”<sup>16</sup>.

4) Una casa se construye empezando por el exterior y terminando en el interior, ladrillo a ladrillo; las agrupaciones humanas se forman con la unión de hombres entre sí, pero siempre de lo externo a lo interno. Su cuerpo, según dijo el Señor Jesucristo, se formaría desde el interior al exterior, de la misma manera que se forma un embrión viviente en el cuerpo humano. Así como Él recibió la vida del Padre, nosotros recibimos la vida de Él: “A fin que todos sean uno, como Tú, Padre, en Mí y Yo en Ti”<sup>17</sup>.

5) Nuestro Señor Jesucristo dijo que tendría un sólo cuerpo. Hubiera sido una monstruosidad espiritual que Él hubiese tenido muchos cuerpos, o una docena de cabezas. Para mantenerlo unido habría de tener un sólo pastor, que según lo dijo Él, apacentaría sus corderos y sus ovejas: “A esas también tengo que traer; ellas oirán mi voz, y habrá un sólo rebaño y un sólo pastor”<sup>18</sup>.

6) El Señor Jesús proclamó que este, su nuevo cuerpo, no se manifestaría a los hombres antes del día de pentecostés, en el cual enviaría al Espíritu Santo: “Os conviene que me vaya; porque, si Yo no me voy, el Intercesor no vendrá a vosotros”<sup>19</sup>. Cualquier otra cosa que se empezare también, veinticuatro horas después de pentecostés o hace veinticuatro horas, habría de estar unido a Él, porque no podría ser una organización que pudiera tener el espíritu humano pero no el divino; es decir, sería como un hilo aislado y no conectado con el dínamo.

7) La observación más interesante que hizo el Señor Jesús con respecto a su cuerpo fue la de que sería odiado por el mundo como Él mismo lo fue. El mundo ama las cosas suyas pero odia lo que es divino: “Pero como vosotros no sois del mundo –porque Yo os he entresacado del mundo– el mundo os odia”<sup>20</sup>.

Los apóstoles debían ser el núcleo del nuevo cuerpo social. Ellos deberían construir la materia prima en la que Cristo infundiría su espíritu para generar en ellos su humanidad prolongada en el tiempo. Ellos lo representarían cuando se alejara. El privilegio de evangelizar al mundo a ellos quedaba reservado. El nuevo cuerpo cuyo embrión lo constituirían ellos, era su humanidad póstuma y su personalidad transmitida a través de los siglos.

¡Henos aquí ante algo maravilloso! Recordemos que Nuestro Señor Jesucristo es maestro, rey y sacerdote o salvador. Pero ahora esa triple facultad de enseñar, gobernar y santificar la comunica a su nuevo cuerpo. Él, que es el maestro infalible, y que dijo: “Soy Yo el camino, y la verdad, y la vida; nadie va

---

<sup>14</sup>. *Ibíd.* XV, 5

<sup>15</sup>. San Lucas XIII, 19

<sup>16</sup>. San Marcos IV, 28

<sup>17</sup>. San Juan, XVII, 21

<sup>18</sup>. *Ibíd.* X, 16

<sup>19</sup>. *Ibíd.* XVI, 7

<sup>20</sup>. *Ibíd.* XV, 19

al Padre sino por Mí”<sup>21</sup>, dice ahora a su cuerpo: “Cuando venga Aquel, el Espíritu de verdad, Él os conducirá a toda la verdad; porque Él no hablará por Sí mismo, sino que dirá lo que habrá oído, y os anunciará las cosas por venir”<sup>22</sup>. De tal modo se identificará Cristo Nuestro Señor con su nuevo cuerpo, que quien escuchare la palabra de ese cuerpo, escuchará la de Él mismo: “Quien a vosotros escucha, a Mí me escucha; y quien a vosotros rechaza, a Mí me rechaza; ahora bien, quien me rechaza a Mí, rechaza a Aquel que me envió”<sup>23</sup>. Su verdad será la verdad de su cuerpo, y por eso infalible, sobrehumana, divina verdad.

Por otra parte Nuestro Señor Jesucristo, que es rey, dijo: “Todo poder me ha sido dado en el cielo y sobre la tierra”<sup>24</sup>. Y Él ha transmitido ese poder a su cuerpo, tanto que sus preceptos son los suyos y sus órdenes son las suyas; y como Él mismo lo ratificó: “Lo que atares sobre la tierra, estará atado en los cielos, lo que desatares sobre la tierra, estará desatado en los cielos”<sup>25</sup>.

Finalmente, Nuestro Señor Jesucristo es sacerdote o intermediario, ya que nos redimió ante Dios con su muerte en la cruz. Pero Él comunicó a su cuerpo esta santidad y este poder de santificar. Encargó a su cuerpo que bautizase, que celebrase el recuerdo de su muerte, y *–¡bendito don!–* que perdonase los pecados: “A quienes perdonareis los pecados, les quedan perdonados; y a quienes se los retuviereis, quedan retenidos”<sup>26</sup>.

Hemos dicho que los apóstoles constituyeron el núcleo de este cuerpo social; pero hasta que Nuestro Señor no envió el Espíritu Santo sobre ellos, cincuenta días después de su resurrección, eran como los elementos de un laboratorio químico. Nos es conocido el cien por ciento de los componentes químicos de que está formado el cuerpo humano, pero no podemos crear un niño si nos falta el principio unificador: el alma. Los apóstoles no podían dar a su cuerpo vida divina, cosa más difícil de lograr, que conseguir vida humana en un laboratorio. Tenían necesidad del invisible Espíritu Santo que procede del Padre y del Hijo para unificar sus visibles naturalezas humanas.

Según estaba determinado, diez días después de la ascensión, el glorioso redentor que está en los cielos, envió al colegio apostólico el Espíritu Santo, pero no en forma de un libro, sino como lenguas de fuego vivo. De igual manera que las células de un cuerpo forman una nueva vida humana cuando Dios infunde un alma al embrión, así los apóstoles aparecieron como el cuerpo visible de Cristo cuando el Espíritu Santo descendió sobre ellos para hacerlos un todo único. Y a este todo se le llama en la tradición y en la sagrada escritura: “(Pleno) conocimiento del hijo de Dios, la estatura propia del Cristo total”<sup>27</sup>.

Desde entonces apareció públicamente ante los hombres el nuevo cuerpo de Cristo. Así como el Hijo de Dios tomó la naturaleza humana en las purísimas entrañas de la Santísima Virgen María por obra del Espíritu Santo, de igual manera tomó el Señor un nuevo cuerpo en el seno de la humanidad por obra del Espíritu Santo. Y de la misma manera que Jesucristo enseñó, gobernó y santificó por medio de la naturaleza humana, ahora continúa enseñando, gobernando y santificando por medio de otras naturalezas humanas que constituyen su cuerpo.

---

<sup>21</sup>. *Ibíd.* XIV, 6

<sup>22</sup>. *Ibíd.* XVI, 13

<sup>23</sup>. San Lucas, X, 16

<sup>24</sup>. San Mateo, XXVIII, 18

<sup>25</sup>. *Ibíd.* XVI, 19

<sup>26</sup>. San Juan XX, 23

<sup>27</sup>. Efesios IV, 13

Como quiera que este cuerpo no es físico, como el de un hombre cualquiera; ni moral, como un círculo de bridge. Sino sobrehumano y espiritual porque es el Espíritu Santo que lo ha unido, se le llama: *Corpus mysticum*<sup>28</sup>. Así como el cuerpo humano, de células forma un todo único porque está vivificado por una sola alma, presidido por una cabeza visible y regido por una mente invisible, así también este nuevo cuerpo de Cristo, aunque constituido por millones y millones de personas que han sido incorporadas a Cristo por el sacramento del bautismo, él forma un todo único, porque está vivificado por el Espíritu Santo, está presidido por una cabeza visible (el Papa) y regido por una mente invisible o cabeza que es el Cristo renacido.

¡Este cuerpo místico es su vida, prolongada en el tiempo! Que Cristo continúa viviendo en él nos lo recuerda la historia de San Pablo, cuyo nombre hebreo era Saulo. Nadie había odiado seguramente a Cristo tanto como Saulo. Los primeros miembros del cuerpo místico de Cristo pedían a Dios que enviase a alguien que lo confutara. Dios escuchó sus plegarias y envió a Pablo que se opusiera a Saulo. Un día este perseguidor lleno de rencor se puso en camino hacia Damasco con ánimos de apresar allí los miembros que hubiese del cuerpo místico y conducirlos a Jerusalén. Por entonces, sólo habían transcurrido unos años desde la ascensión de nuestro divino salvador. Conviene pues recordar que el Señor Jesús estaba ya glorificado en el cielo. De repente una luz muy viva hirió a Saulo, que cayó al suelo aturdido. Reanimado por una voz semejante a un mar tempestuoso, oyó estas palabras: “Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?” El don nadie se atrevió a pedirle el nombre al omnipotente: “¿quién eres, Señor?” Y la voz repuso: “Yo soy Jesús a quien tú persigues”. ¿Cómo podía Saulo perseguir a Nuestro Señor glorificado en el cielo? Saulo no hacía otra cosa distinta de lo que hizo Stalin en Polonia y en Hungría. ¿Por qué entonces dijo el Señor: “Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?”<sup>29</sup>.

Vamos a ver: si alguien os pisase en un pie ¿no se quejaría vuestra cabeza? ¿Acaso no forma parte de vuestro cuerpo? En aquella ocasión manifestó el Señor que al golpear a su cuerpo, Saulo le golpeaba a Él. Cuando se persigue o maltrata al cuerpo místico de Cristo, se adelanta Cristo a hablar y a protestar.

El cuerpo místico de Cristo no se levanta por eso entre Cristo y nosotros más de lo que se levantó entre la Magdalena y su perdón, o su mano entre los párvulos y su bendición. A través de su cuerpo humano estuvo entre los hombres con su vida individual; a través de su cuerpo místico está entre nosotros con su vida mística de comunión. *¡Cristo vive ahora! Y enseña, gobierna, y santifica también ahora.* Tiene sus momentos de gloria en otros domingos de ramos, sus momentos de escándalo cuando otros Judas lo traicionan, y sus momentos dolorosos, como con los sufrimientos de sus Stepinac y Mindszenty, Beran y Kolbe, etc; que son los que ahora también “padecen bajo el poder de Poncio Pilato”.

Si nos preguntamos qué significa para nosotros el cuerpo de Cristo, diremos: nosotros creemos que es el templo del amor, del que somos una piedra viva, y cuya piedra angular es Cristo; es el árbol de la vida eterna, del que somos una ramita; es el cuerpo de Cristo en la tierra después de su ascensión al cielo, y del que nosotros somos una de las células que lo componen.

---

<sup>28</sup>. Cf. Romanos XII, 4-5; I Corintios XII, 12-14; 20

<sup>29</sup>. Hechos de los Apóstoles IX, 3-5

El cuerpo de Cristo es pues, más de lo que nosotros seamos para nosotros mismos; es la vida de ella —emplearemos desde ahora en adelante el femenino para hablar del cuerpo místico de Cristo—, y la mayor bendición que Dios omnipotente nos ha concedido, es la de estar unidos a ella.

Nuestro mayor dolor es no servirla mejor. Sin ella, no somos más que un tallo arrancado, una columna aislada entre muertas y olvidadas ruinas. Con ella nosotros creemos en la eternidad y no nos asustamos. De sus tabernáculos tenemos el pan de vida; de las manos de sus obispos el óleo que fortalece, bendice y consagra; de la lámpara de su santuario la seguridad de que Cristo no nos ha dejado huérfanos.

Nosotros ponemos nuestra cabeza en sus manos, como en los de una madre; encontramos en ella la dulce tranquilidad del amor, como con una esposa; corremos a refugiarnos en ella durante las tempestades de sangre y de odio que anegan la tierra con las guerras, como una roca cimentada en la eternidad. Queremos con su voluntad, cuando todos los quereres de la tierra se han terminado *con una pasión desapasionada y con una selvática tranquilidad*. Por medio de su cuerpo oímos aún hablar de la sabiduría eterna con la verdad infalible. En su cuerpo escuchamos el poder y la autoridad de Cristo, y obedecemos y somos liberados. De su cuerpo recibimos la vida de Cristo en la santa eucaristía, y su perdón en el confesionario.

¡Te damos gracias oh Cristo, por habernos hecho un miembro de tu cuerpo! Porque San Pablo nos dijo: “Y todo lo sometió bajo sus pies, y lo dio por cabeza suprema de todo a la Iglesia, la cual es su cuerpo, la plenitud de Aquel que lo llena todo en todos”<sup>30</sup>.

San Irineo, a finales del siglo II decía: “Aunque esparcida la Iglesia por todo el mundo, conserva con el mejor cuidado la fe y doctrina que recibió de los apóstoles y de sus discípulos. Semejante a una sóla familia que no tiene más que un corazón, un alma, una misma voz; cree, enseña y predica en todas partes lo mismo, con un consentimiento unánime. A pesar de la distancia de los lugares y diversidad de las lenguas, la tradición es siempre uniforme”<sup>31</sup>. Y quien ratificó el concepto que ya tenían los padres apostólicos.

Enrique Valois en sus notas sobre la “Historia Eclesiástica” de Eusebio, libro VIII, observa que el nombre de católica se ha dado a la Santa Iglesia de Dios en los tiempos más cercanos a los apóstoles para distinguirla de las sociedades heréticas que se habían separado de ella.

San Ignacio de Antioquía, anterior a San Policarpo, dijo en su Carta a los fieles de la comunidad de Esmirna, n. 8: “Donde está Jesucristo, se encuentra la Iglesia Católica”.

A principios del siglo II, Celso le daba esta calificación para distinguirla de las sectas heréticas, y como afirman San Cirilo y San Agustín, los mismos herejes y cismáticos le daban este nombre al hablar de la Iglesia de la que se habían separado.

Demuestra esto Bossuet cuando dice: “Creo en la Iglesia Católica, esto no significa solamente: creo en su existencia, sino: creo en lo que ella cree”<sup>32</sup>.

Dice M. De la Luzerne: “La catolicidad de la Iglesia es su universalidad”.

---

<sup>30</sup>. Efesios I, 22-23; cf. Anclas sobre el Abismo. Monseñor Fulton J. Sheen. Ed. Paulinas. Madrid, España. 1953. Págs. 34-43

<sup>31</sup>. *Adv. Hoer.* Libro I. Cap. X

<sup>32</sup>. *Espíritu de Leibnitz.* T. II. Pág. 101

Los santos padres al tratar de la catolicidad distinguen una universalidad triple: universalidad de tiempo, por cuanto la Santa Iglesia de Dios ha subsistido siempre, y subsistirá hasta el fin de los siglos<sup>33</sup>; universalidad de doctrina, puesto que la Santa Iglesia de Dios enseña todas las verdades que Nuestro Señor Jesucristo trajo a la tierra<sup>34</sup>; y universalidad de lugar, porque la Santa Iglesia de Dios está esparcida por todo el mundo<sup>35</sup>.

Por estas razones reducimos a dos puntos principales la noción de catolicidad, considerada como carácter de la verdadera Iglesia Santa de Dios. Consiste primero en que la Santa Iglesia de Nuestro Señor Jesucristo está extendida actualmente en la mayor parte de las regiones conocidas del orbe; y segundo en que está constantemente más extendida que cada una de las sectas que la combaten<sup>36</sup>.

Y es que la verdadera Santa Iglesia de Dios es un cuerpo. Pero no un cuerpo grupo, como una simple agrupación de personas, sino una orgánica y espiritual entidad, como el cuerpo de una sólo persona. Obviamente este cuerpo, la verdadera Santa Iglesia de Dios, no es estrictamente un cuerpo humano, sino semejante al ser de un cuerpo divino: esto es en virtud del hecho de que es el cuerpo místico de Cristo mismo.

Real, aunque místicamente, los verdaderos fieles de Cristo se constituyen miembros de su Santa Iglesia corporativa, mientras que Él reina en el cielo como su cabeza. Veamos para confirmar esta verdad, lo que el Apóstol San Pablo nos dice en sus cartas: “Y Él es la cabeza del cuerpo de la Iglesia, siendo Él mismo el principio, el primogénito de entre los muertos, para que en todo sea Él lo primero”<sup>37</sup>.

“Porque así como el cuerpo es uno, mas tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, a pesar de ser muchos, forman un mismo cuerpo, así también Cristo”<sup>38</sup>.

“Puesto que somos miembros de su cuerpo”<sup>39</sup>.

“Pues así como tenemos muchos miembros en un sólo cuerpo, y no todos los miembros tienen la misma función, del mismo modo los que somos muchos, formamos un sólo cuerpo en Cristo, pero en cuanto a cada uno somos recíprocamente miembros”<sup>40</sup>.

“¿No sabéis acaso que vuestros cuerpos son miembros de Cristo? ¿Tomaré pues los miembros de Cristo para hacerlos miembros de una ramera? Tal cosa ¡jamás!”<sup>41</sup>

Porque el cuerpo de Cristo es un cuerpo, su Santa Iglesia debe por fuerza ser un cuerpo también, y de este estrechísimo lazo que une todos los miembros entre sí, por la misma fe y por la participación de los mismos sacramentos<sup>42</sup>, nace en las almas la caridad fraternal, marca distintiva de los que quieren ser imitadores de Cristo y seguir sus huellas: “Y tengo otras ovejas que no son de

---

<sup>33</sup>. Cf. San Mateo, XXVIII, 20

<sup>34</sup>. Cf. San Marcos, XVI, 15-16

<sup>35</sup>. Cf. San Lucas, XXIV, 47

<sup>36</sup>. Cf. Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano de Literatura, Ciencias y Artes. Tom. IV. Ed. WH. Jackson. Nueva York, Estados Unidos. 1928-1944. Págs. 997-998

<sup>37</sup>. Colosenses I, 18

<sup>38</sup>. I Corintios XII, 12

<sup>39</sup>. Efesios V, 30

<sup>40</sup>. Romanos XII, 4-5

<sup>41</sup>. I Corintios VI, 15

<sup>42</sup>. Cf. Ver: de los sacramentos en general. Págs. 225-329; de la fe y el credo. Págs. 387-447

este aprisco. A esas también tengo que traer; ellas oirán mi voz, y habrá un sólo rebaño y un sólo pastor”<sup>42</sup>.

“Yo soy la vid, vosotros los sarmientos. Quien permanece en Mí, y Yo en él, lleva mucho fruto, porque separados de Mí no podéis hacer nada. Si alguno no permanece en Mí, es arrojado fuera como los sarmientos, y se seca; después los recogen y los echan al fuego, y se queman”<sup>43</sup>.

“Esforzándoos por guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz. Uno es el cuerpo y uno el Espíritu, y así también una la esperanza de la vocación a que habéis sido llamados; uno el Señor, una la fe, uno el bautismo, uno el Dios y Padre de todos, el cual es sobre todo, en todo y en todos. Pero a cada uno de nosotros le ha sido dado la gracia en la medida del don de Cristo. Por esto dice: subiendo hacia lo alto llevó a cautivos consigo, y dio dones a los hombres”<sup>44</sup>.

“Os exhorto, hermanos, que observéis a los que están causando las disensiones y los escándalos, contrarios a las enseñanzas que habéis aprendido, y que os apartéis de ellos; porque los tales no sirven a nuestro Señor Cristo, sino al propio vientre, y con palabras melosas y bendiciones embaucan los corazones de los sencillos”<sup>45</sup>.

Porque se necesitaba una gracia especial, sobrenatural, para cementar permanentemente la unidad de su Iglesia Santa, y Cristo proporcionó esa gracia sobrenatural; Él ha santificado su Santa Iglesia en la verdad: “Por ellos ruego; no por el mundo, sino por los que Tú me diste, porque son tuyos. Pues todo lo mío es tuyo, y todo lo tuyo es mío, y en ellos he sido glorificado”; “mas no ruego sólo por ellos, sino también por aquellos que, mediante la palabra de ellos, crean en Mí, a fin de que todos sean uno, como Tú, Padre, en Mí y Yo en Ti, a fin de que también ellos sean en nosotros, para que el mundo crea que eres Tú el que me enviaste. Y la gloria que Tú me diste, Yo se la he dado a ellos, para que sean uno como nosotros somos Uno: Yo en ellos y Tú en Mí, a fin de que sean perfectamente uno, y para que el mundo sepa que eres Tú quien me enviaste y les amaste a ellos como me amaste a Mí. Padre, aquellos que Tú me diste quiero que estén conmigo en donde Yo esté, para que vean la gloria mía, que Tú me diste, porque me amabas antes de la creación del mundo”<sup>46</sup>.

Por eso los verdaderos fieles de Cristo constituyen un único cuerpo unificado, –unificado en cada aspecto: organización, creencia y culto–. Ese fue el modo en que el cuerpo místico de Cristo fue originalmente constituido en la tierra, ese el orden para que él pudiera vivir como su cuerpo místico en la tierra, ese el modo en que tuvo que permanecer constituido.

Veamos los antiguos padres de la Santa Iglesia de Dios escribiendo sobre la unidad de la fe:

San Cipriano escribió en el siglo III:

“Dios es uno y Cristo es uno, y una es su Iglesia, uno es el bautismo, una es la fe, y uno su pueblo, pegado con el pegamento de la concordia en una sólida unidad de cuerpo. La unidad no puede ser desgarrada, ni puede el único cuerpo de la Iglesia por la división de su estructura, ser separado en diversas piezas”<sup>47</sup>.

---

<sup>42</sup>. San Juan X, 16

<sup>43</sup>. Ibíd. XV, 5-6

<sup>44</sup>. Efesios IV, 3-8

<sup>45</sup>. Romanos XVI, 17-18

<sup>46</sup>. San Juan XVII, 9-10; 20-24

<sup>47</sup>. Sobre la Unidad de la Iglesia. Cap. XXIII

Igualmente Tertuliano en el Siglo III:

“Somos una sociedad, con un sólo sentimiento religioso, una sólo unidad de disciplina, un sólo vínculo de esperanza”<sup>48</sup>.

San Hilario en el siglo IV:

“En las escrituras es demostrado que nuestro pueblo es uno; de forma que así como muchos granos son reunidos en uno cuando triturados y mezclados, y hacen un sólo pan, así en Cristo, quien es el pan celestial, nosotros sabemos que hay un sólo cuerpo, en el cual nuestra totalidad es reunida y unida”<sup>49</sup>.

Por lo tanto, el cuerpo místico de Cristo en la tierra nunca fue, nunca es, y nunca será, un cuerpo desarticulado. Y su fin principal es el de engendrar hijos nuevos incesantemente para su esposo: “Sin embargo todas las cosas, una vez condenadas, son descubiertas por la luz, y todo lo que es manifiesto es luz. Por eso dice: despierta tú que duermes, y levántate de entre los muertos, y Cristo te iluminará. Mirad, pues, con gran cautela cómo andáis; no como necios, sino como sabios”<sup>50</sup>.

“Hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del (*pleno*) conocimiento del Hijo de Dios, al estado de varón perfecto, alcanzando la estatura propia del Cristo total”<sup>51</sup>.

Durante toda su vida pública, Jesucristo Nuestro Señor, hablaba con autoridad, y vos oh Santa Iglesia de Dios os conducís del mismo modo. Siendo depositaria del tesoro de la verdad, tienes conciencia de vuestra misión encomendada por nuestro salvador. A través de ti, Santa Iglesia de Dios, que eres una maestra infalible, jamás expuesta a enseñar herejías o falsas doctrinas, encontramos el camino, la verdad y la vida; y que se confirma en las directivas que Cristo dio a los apóstoles poco antes de su ascensión a los cielos: “Y llegándose Jesús les habló diciendo: todo poder me ha sido dado en el cielo y sobre la tierra. Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; enseñándoles a conservar todo cuanto os he mandado. Y mirad que Yo con vosotros estoy todos los días, hasta la consumación del siglo”<sup>52</sup>.

La misión magisterial de la Santa Iglesia de Dios no podía haber sido más claramente pronunciada si Cristo hubiera hecho un largo sermón. Esas dos frases eran directas y perentoriamente suficientes para descartar toda posibilidad de mala interpretación. Estaba también su declaración a los apóstoles en otra ocasión: “De nuevo les dijo: ¡paz a vosotros! Como mi Padre me envió, así Yo os envío”<sup>53</sup>. Aquí también está clara, inerrante, la referencia a la misión de maestra de su Santa Iglesia, porque aquí está diciendo a sus apóstoles, que ellos son los herederos de su propia misión de maestro. Su Santa Iglesia debía de ser no menos maestra de lo que Él lo fue.

Más aún, es obvio que Cristo no dio su autoridad magisterial a todos y cada uno, es decir, a toda su Santa Iglesia, sino sólo a sus apóstoles debidamente señalados, a aquellos que debían ser el cuerpo administrativo de su Santa Iglesia. De haber Él querido que esta autoridad magisterial debía ser ejercida por todos

---

<sup>48</sup>. Apología 39, 13

<sup>49</sup>. Tratado 62, 13

<sup>50</sup>. Efesios V, 13-15

<sup>51</sup>. Ibíd. IV, 13

<sup>52</sup>. San Mateo XXVIII, 18-20

<sup>53</sup>. San Juan XX, 21

los fieles, Él hubiera dirigido sus palabras a todo los fieles, o hubiera instruido a sus apóstoles a enseñarlo así a todos los fieles. Ninguna de las dos cosas hizo.

La sagrada biblia es sumamente clara en esto: “Y a unos puso Dios en la Iglesia, primero apóstoles, segundo profetas, tercero doctores, a otros les dio el don de milagros, de curaciones, auxilios, gobiernos y variedades de lenguas. ¿Son todos apóstoles? ¿Son todos profetas? ¿Son todos doctores? ¿Son todos obradores de hacer milagros? ¿Tienen todos dones de curaciones?”<sup>54</sup>.

La autoridad magisterial de la Santa Iglesia de Dios, por lo tanto, no puede errar cuando define lo esencial de la doctrina católica ni hoy, ni cuando estaba a cargo de los apóstoles, ya que Cristo dijo a sus discípulos: “Os he dicho estas cosas durante mi permanencia con vosotros. Pero el intercesor, el Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre, Él os lo enseñará todo, y os recordará todo lo que Yo os he dicho. Os dejo la paz, os doy la paz mía; no os doy Yo como da el mundo”; “cuando venga el Intercesor, que os enviaré desde el Padre, el Espíritu de verdad, que procede del Padre, Él dará testimonio de Mí. Y vosotros también dad testimonio, pues desde el principio estáis conmigo”<sup>55</sup>.

En otras palabras, la autoridad magisterial de la Santa Iglesia de Cristo, no debe ni puede enseñar errores, porque el falible ser humano no estaría dando la enseñanza, sino el infalible Espíritu Santo, el infalible Cristo la estaría dando, hablando por medio de la humana autoridad magisterial de su Santa Iglesia. Nuestro Señor Jesucristo lo dejó claramente establecido cuando dijo a sus discípulos: “Quien a vosotros escucha, a Mí me escucha; y quien a vosotros rechaza, a Mí me rechaza; ahora bien, quien me rechaza a Mí, rechaza a Aquel que me envió”<sup>56</sup>.

Confirmando que la autoridad magisterial de la Santa Iglesia de Dios es la perenne e infalible voz de la verdad católica, el Apóstol San Pablo escribió: “Esto te escribo, aunque espero ir a ti dentro de poco, para que, si tardare, sepas cómo debes portarte en la casa de Dios, que es la Iglesia del Dios vivo, columna y cimiento de la verdad”<sup>57</sup>.

Cristo Nuestro Señor no podía haber amonestado a los pecadores a *oír a su Santa Iglesia*, a menos de estar seguro de que estarían escuchando la verdad; ni podía haber asegurado a su Santa Iglesia que sus pronunciamientos serían *atados en el cielo*, a menos que estuviese seguro que tales pronunciamientos no contendrían ningún error: “En verdad, os digo, todo lo que atareis sobre la tierra, será atado en el cielo, y todo lo que desatareis sobre la tierra, será desatado en el cielo”<sup>58</sup>.

Al analizar cuidadosamente las enseñanzas de Nuestro Señor Jesucristo, nos revelan que la fe en la infalibilidad doctrinal de su Santa Iglesia es sinónimo de la fe en Él.

Aquí se revela claramente que solamente una, la Santa Iglesia de Dios, ejerce la misma clase de autoridad magisterial que era ejercida por la Iglesia de los apóstoles y de los padres de la Iglesia primitiva.

Solamente la Santa Iglesia de Dios funciona para sus miembros, como una intérprete inerrante de las verdades reveladas por Dios, solamente la Santa

---

<sup>54</sup>. I Corintios XII, 28-30

<sup>55</sup>. San Juan XIV, 25-27; XV, 26-27

<sup>56</sup>. San Lucas X, 16

<sup>57</sup>. I Timoteo III, 14-15

<sup>58</sup>. San Mateo XVIII, 18

Iglesia de Dios se atreve a proclamar al mundo que cuando ella enseña las verdades de la doctrina católica, es Nuestro Señor Jesucristo, quien ni engaña, ni se engaña, y quien enseña a través de ella.

Solamente una, la Santa Iglesia de Dios, fue nombrada por los primitivos padres cristianos, como la Iglesia Santa señalada por Nuestro Señor Jesucristo para ejercer su sagrado ministerio de enseñanza, ya que ellos también creyeron que la Santa Iglesia de Cristo es incapaz de enseñar errores:

El gran San Irineo escribió en el siglo II:

“Donde la Iglesia está, está el Espíritu Santo de Dios; y donde está el Espíritu Santo de Dios, está la Iglesia en cualquier forma de gracia, porque el Espíritu Santo de Dios es verdad”<sup>59</sup>.

“La Iglesia, habiendo recibido la enseñanza apostólica y la fe, aunque extendida sobre todo el mundo, la guarda celosamente como viviendo en una casa; y estas verdades las enseña uniformemente, como si tuviese una sóla alma y un sólo corazón; estas verdades ella proclama, enseña y trasmite, como si ella tuviera una sóla boca”<sup>60</sup>.

Escribió San Eusebio de Cesarea en el siglo IV:

“Pero el brillo de la Iglesia procedió incrementando su belleza y grandeza, porque ella siempre sostuvo los mismos puntos en el mismo modo, irradió a todas las razas de griegos y bárbaros la reverente, sincera y libre naturaleza, y la sobriedad y pureza de la divina enseñanza en cuanto a conducta y pensamiento”<sup>61</sup>.

Escribió San Agustín en el siglo V:

“La Iglesia es el trabajo de la divina providencia, realizado a través de las profecías de los profetas, a través de la encarnación y enseñanzas de Jesucristo Nuestro Señor, a través de los viajes de los apóstoles, a través de los sufrimientos, cruces, de la sangre y muerte de los mártires, a través de la admirable vida de los santos, y en todos estos, en tiempos oportunos, a través de los milagros dignos de tan grandes hechos y virtudes. Cuando entonces vemos tan grande auxilio de parte de Dios, tanto progreso y tantos frutos ¿hemos de titubear para introducirnos en el seno de esta madre Iglesia? Porque empezando de la Sede Apostólica, y siguiendo a través de la sucesión de obispos, hasta la abierta confesión de toda la humanidad, ella ha poseído la corona de la autoridad magisterial”<sup>62</sup>.

Confirmando que la primitiva Iglesia y la Iglesia romana, es la única, y la misma Santa Iglesia de Dios, San Ignacio de Antioquía, discípulo de San Juan el Apóstol, escribió en el siglo II:

“Ignacio, también llamado Teóforo, a la Iglesia que ha encontrado misericordia en la trascendente majestad del altísimo Padre, y de Jesucristo su único Hijo, Nuestro Señor, a la Iglesia por voluntad de aquel que quiere todas las cosas, amada e iluminada por la fe y el amor de Jesucristo nuestro Dios; presidiendo en el lugar principal del territorio romano, presidiendo en amor, manteniendo la ley de Cristo, y portadora del nombre del Padre: a ella por lo tanto saludo en el nombre de Jesucristo Señor Nuestro”<sup>63</sup>.

---

<sup>59</sup>. Contra las herejías III, 24. I

<sup>60</sup>. *Adv. Haer.* I, 10. II

<sup>61</sup>. Historia Eclesiástica 4, 7, 13

<sup>62</sup>. *De Utilitate Credendi*

<sup>63</sup>. Introducción a la Iglesia Romana

Qué significativos y sugerentes estas declaraciones de los santos padres de la primitiva Iglesia. Que significativo que cada vez que ellos mencionaban la Iglesia magisterial de Nuestro Señor Jesucristo, era una, la Santa Iglesia de Dios, y no una de las iglesias cópticas, o de las ortodoxas, o de las sectas protestantes aparecidas después del siglo XVI y hasta nuestros días, y quienes se han encargado de actualizar las herejías de los primeros siglos, ya condenadas por la Santa Iglesia de Dios en los concilios.

Y es que tú, Santa Iglesia de Dios, eres dispensadora de la sangre del divino redentor, por eso conocéis todos los medios y recursos de santificación que el amorosísimo salvador te confió:

“Yo soy el pan de vida. Los padres vuestros comieron en el desierto el maná y murieron. He aquí el pan, el que baja del cielo para que uno coma de él y no muera. Yo soy el pan, el vivo, el que baja del cielo. Si uno come de este pan vivirá para siempre, y por lo tanto el pan que Yo daré es la carne mía para la vida del mundo. Empezaron entonces los judíos a discutir entre ellos y a decir: ¿cómo puede este darnos la carne a comer? Díjoles, pues, Jesús: en verdad, en verdad, os digo, sino coméis la carne del Hijo del Hombre y bebéis la sangre del mismo, no tenéis vida en vosotros. El que de Mí come la carne y de Mí bebe la sangre, tiene vida eterna y Yo le resucitaré en el último día. Porque la carne mía verdaderamente es comida y la sangre mía verdaderamente es bebida. El que de Mí come la carne y de Mí bebe la sangre, en Mí permanece y Yo en él”<sup>64</sup>.

Porque con tu carne y con tu sangre Señor, tú nutres a tu esposa, tu Santa Iglesia, participando todos los fieles realmente de tu vida espiritual.

Porque queriendo dejar visiblemente vuestro sacrificio, Cristo Jesús, a vuestra Santa Iglesia le habéis confiado también el sacerdocio, cuyo fin principal es el de continuar vuestra inmolación sobre el altar, distribuyendo luego tu carne y tu sangre por los sacramentos, y por ellos santificando vuestro cuerpo místico, para infundir en él vuestra vida divina: “Porque yo he recibido del Señor lo que también he transmitido a vosotros: que el Señor Jesús la misma noche en que fue entregado, tomó pan; y habiendo dado gracias, lo partió y dijo: este es mi cuerpo, el (*entregado*) por vosotros. Esto haced en memoria mía. Y de la misma manera (*tomó*) el cáliz, después de cenar, y dijo: este cáliz es la Nueva Alianza en mi sangre; esto haced cuantas veces bebáis, para memoria de Mí. Porque cuantas veces comáis este pan y bebáis el cáliz, anunciad la muerte del Señor hasta que Él venga”<sup>65</sup>.

“Lo capital de lo dicho es que tenemos un Pontífice tal que está sentado a la diestra del trono de la Majestad en los cielos; ministro del santuario y del verdadero tabernáculo, que hizo el Señor y no el hombre. Ahora bien, todo Pontífice es constituido para ofrecer dones y víctimas; por lo cual también Este debe necesariamente tener algo que ofrecer. Si pues Él habitase sobre la tierra, ni siquiera podría ser sacerdote, pues hay ya quienes ofrecen dones según la Ley; los cuales dan culto en figura y sombra de las realidades celestiales, según le fue significado a Moisés cuando se puso a construir el Tabernáculo: mira, le dice, que hagas todas las cosas conforme al modelo que te ha sido mostrado en el monte”<sup>66</sup>.

---

<sup>64</sup>. San Juan VI, 48-56

<sup>65</sup>. I Corintios XI, 23-26

<sup>66</sup>. Hebreos VIII, 1-5; cf. Exodo XXV, 9

Por eso, la sabiduría eterna antes de ser ofrecido en sacrificio por los judíos sobre la cruz, llamó a sus apóstoles en la última cena del jueves santo, y los constituyó sacerdotes del nuevo holocausto, perdiendo valor el antiguo sacrificio de animales. De ahí que, en el momento de su muerte sangrienta el viernes santo, el velo del templo se rasgara en señal de cesación de sus funciones: “Era ya al rededor de la hora sexta, cuando una tiniebla se hizo sobre toda la tierra hasta la hora nona, eclipsándose el sol; y el velo del templo se rasgó por el medio. Y Jesús clamó con gran voz: Padre, en tus manos entrego mi espíritu. Y, dicho esto, expiró”<sup>67</sup>.

“Mas Jesús, dando una gran voz, expiró. Entonces el velo del Templo se rasgó en dos partes, de alto a bajo”<sup>68</sup>.

“Porque desde el orto del sol hasta el ocaso es grande mi Nombre entre las naciones; y en todo lugar se ofrece a mi Nombre incienso y ofrenda pura, pues grande es mi Nombre entre las naciones, dice Yahvé de los ejércitos”<sup>69</sup>.

Es por eso que la Una Santa Iglesia de Dios, ofrece en la Santa Misa el sacrificio renovado en el altar del calvario, de una manera incruenta, es decir, sin derramamiento de sangre.

Se ofrece el holocausto antes que nada, y en segundo lugar una comunión o cena, y nos aplica de este sacrificio los frutos de la salvación para la remisión de los pecados y nuestra reconciliación con Dios: “El cáliz de bendición que bendicimos ¿no es comunión de la sangre de Cristo? El pan que partimos ¿no es comunión del cuerpo de Cristo? Dado que uno es el pan, un cuerpo somos los muchos; pues todos participamos del único Pan”<sup>70</sup>.

“Pero pruébese cada uno a sí mismo, y así coma del pan y beba del cáliz; porque el que come y bebe, no haciendo distinción del Cuerpo (*del Señor*), come y bebe su propia condenación”<sup>71</sup>.

“Por lo cual dice al entrar en el mundo: sacrificio y oblación no los quisiste, pero un cuerpo me has preparado. Holocaustos y sacrificios por el pecado no te agradaron. Entonces dije: he aquí que vengo –así está escrito de Mí en el rollo del Libro– para hacer, oh Dios, tu voluntad”<sup>72</sup>.

¡Declaráis oh Dios! con frecuencia, que toda tu vida íntima se resume en el deseo continuo de agradar en todo al Padre: “Porque bajé del cielo para hacer no mi voluntad, sino la voluntad del que me envió. Ahora bien, la voluntad del que me envió, es que no pierda Yo nada de cuanto Él me ha dado, sino que lo resucite en el último día”<sup>73</sup>.

“Tened en vuestros corazones los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús, el cual, siendo su naturaleza la de Dios, no miró como botín el ser igual a Dios, sino que se despojó a sí mismo, tomando la forma de siervo, hecho semejante a los hombres. Y hallándose en la condición de hombre se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de Cruz. Por eso Dios le sobreensalzó y le dio el nombre que es sobre todo nombre, para que toda rodilla en el cielo, en la tierra y debajo de la tierra se doble en el nombre de Jesús, y

---

<sup>67</sup>. San Lucas XXIII, 44-45

<sup>68</sup>. San Marcos XV, 37-38

<sup>69</sup>. Malaquías I, 11

<sup>70</sup>. I Corintios X, 16-17

<sup>71</sup>. Ibíd. XI, 28-29

<sup>72</sup>. Hebreos X, 5-7

<sup>73</sup>. San Juan VI, 38-39

toda lengua confiese que Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre”<sup>74</sup>. Por eso, le has confiado el papel exclusivo al sacerdote de ser tu instrumento en la ofrenda del Santo Sacrificio de la Misa. Convirtiéndose este en el único intermediario entre la divinidad y la grey que le ha sido encargada: “Por tercera vez le preguntó: Simón, hijo de Juan, ¿me quieres? Se entristeció Pedro de que por tercera vez le preguntase: ¿me quieres?, y le dijo: Señor, Tú lo sabes todo. Tú sabes que yo te quiero. Díjole Jesús: apacienta mis ovejas”<sup>75</sup>.

Y obedeces siempre a vuestro sacerdote, pues a su voz descendéis del cielo a la tierra, teniendo tú, Señor Jesucristo, el poder de cambiar el pan y el vino por tu propia carne y sangre sobre el altar, sin afectar un cambio en la apariencia del pan y del vino transformados: “No hubo ni antes ni después día como este en que Yahvé obedeciera a la voz de un hombre; pues Yahvé peleaba por Israel”<sup>76</sup>.

Por eso, tú, oh Señor Jesucristo, sabiendo desde toda la eternidad que la humanidad sólo podía ser rescatada por tu santo sacrificio, quisiste hacer de toda vuestra vida terrestre una inmolación perpetua: “Adonde, como precursor, Jesús entró por nosotros, constituido Sumo Sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec”; “y por cuanto no fue hecho sin juramento –pues aquellos fueron constituidos sacerdotes sin juramento, mas Este con juramento, por Aquel que le dijo: juró el Señor y no se arrepentirá: Tú eres sacerdote para siempre–”<sup>77</sup>.

“Porque si la sangre de machos cabríos y de toros y la ceniza de la vaca santifica con su aspersion a los inmundos y los purifica en la carne, ¿cuánto más la sangre de Cristo, que por su Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mácula a Dios, limpiará vuestras conciencias de obras muertas para que sirváis a Dios vivo? Por esto Él es mediador de un pacto nuevo a fin de que, una vez realizada su muerte para la redención de las transgresiones cometidas durante el primer pacto, los llamados reciban la promesa de la herencia eterna. Porque donde hay un testamento, necesario es que se compruebe la muerte del testador”<sup>78</sup>.

Por eso la doctrina del Santo Sacrificio de la Misa pertenece a este tesoro de verdad de la Santa Iglesia de Dios, y es en la Santa Misa de siempre, tradicional o tridentina, declarada a perpetuidad por el Papa San Pío V en 1570, donde se explica mejor el misterio eucarístico, y en donde se celebra el único santo sacrificio que puede agradar a Dios en algún modo<sup>79</sup>.



**El Santo Sacrificio de la Misa**

<sup>74</sup>. Filipenses II, 5-11

<sup>75</sup>. San Juan XXI, 17

<sup>76</sup>. Josué X, 14

<sup>77</sup>. Hebreos VI, 20; VII, 20-21

<sup>78</sup>. Ibíd. IX, 13-15

<sup>79</sup>. Cf. Malaquías I, 11; ver: **el Santo Sacrificio de la Misa. Págs. 331-385; breve examen crítico del *Novus Ordo Missae*. Págs. 592-612**

La Una Santa Iglesia de Dios que fundó Cristo en el Siglo I, la instituyó el mismo salvador con una doble misión: una misión de fe, y una misión de santificación de todos los hombres; los cuales han sido rescatados por la preciosísima sangre de Nuestro Señor Jesucristo.

Debe aportar ella a los hombres la fe y la gracia: la fe por su enseñanza, la gracia por los sacramentos que le ha confiado Cristo Señor Nuestro.

Su misión de fe consiste en transmitir a los hombres la revelación hecha al mundo por Dios de las realidades espirituales y sobrenaturales, y su mantenimiento sin alteración a través del tiempo y de los siglos.

La Una Santa Iglesia de Dios, es ante todo la fe que nunca cambia, es como dice San Pablo: “Para que, si tardare, sepas cómo debes portarte en la casa de Dios, que es la Iglesia del Dios vivo, columna y cimiento de la verdad”<sup>80</sup>, y que traspasa los siglos, siempre fiel a sí misma y testigo inflexible de Dios, en medio de un mundo en perpetuas mutaciones y contradicciones<sup>81</sup>. Por eso la Santa Iglesia de Dios subsistirá hasta el juicio universal: “Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; enseñándoles a conservar todo cuanto os he mandado. Y mirad que Yo con vosotros estoy todos los días, hasta la consumación del siglo”<sup>82</sup>.

Nuestro Señor Jesucristo es inseparable de su cuerpo místico: la Santa Iglesia de Dios; antes de ascender le legó sus riquezas y su misión.

De la Iglesia Santa dicen con admiración los ángeles: “¿Quién es esta que sube del desierto, apoyada sobre su amado?”<sup>83</sup>.

Es “La novia, la esposa del Cordero”<sup>84</sup>, respondemos nosotros; de ella el esposo recibe su hermosura y atractivos, y en sus brazos se apoya: “Hazme ver tu rostro, déjame oír tu voz; porque tu voz es dulce, y tu rostro es encantador”<sup>85</sup>.

La Santa Iglesia de Dios es la esposa de Cristo. ¿Qué le legó el esposo? Sus tesoros, sus méritos y sus satisfacciones, su preciosa sangre, su sagrado corazón. ¿Y qué aportó ella en dote? Debilidades y flaquezas; pero también un corazón para amar y un corazón para cantar. Nuestro Señor Jesucristo, uniéndose a su Santa Iglesia, le da poder de adorar y alabar al Padre: de ahí dimana la liturgia. Es esta la alabanza del mismo Jesucristo, Verbo encarnado, a través de los labios de la Santa Iglesia de Dios.

Cristo le da sus riquezas, y la introduce en el palacio del rey celestial, ante su Padre; y allá la Iglesia Santa unida a Cristo, repetirá por eternidades el cántico que canta el Verbo *en el seno del Padre*, y que trajo Él mismo a la tierra.

En el apocalipsis vemos a los elegidos adorar al que está sentado en un trono, *ensalzando sus perfecciones inefables*: “Los veinticuatro ancianos se prosternan ante Aquel que está sentado sobre el trono y adoran, al que vive por los siglos de los siglos; y deponen sus coronas ante el trono, diciendo: digno eres Tú, Señor y Dios nuestro, de recibir la gloria y el honor y el poder, porque Tú creaste todas las cosas y por tu voluntad tuvieron ser y fueron creadas”<sup>86</sup>.

---

<sup>80</sup>. I Timoteo III, 15

<sup>81</sup>. Cf. Artículo del prestigioso teólogo y canónico francés. R. P. René Marie Berthod. Publicado en la revista *Savoir et Servir*. 41. Av. Pasteur. 94250. Gentilly, Francia

<sup>82</sup>. San Mateo XXVIII, 19-20

<sup>83</sup>. Cantar de los Cantares VIII, 5

<sup>84</sup>. Apocalipsis XXI, 9

<sup>85</sup>. Cantar de los Cantares II, 14

<sup>86</sup>. Apocalipsis IV, 10-11

Este es el coro de la Santa Iglesia de Dios triunfante en el cielo. En la tierra resuena el coro de la Santa Iglesia de Dios militante, cabe los elegidos más este coro; juntándose por la fe y el amor con el celestial, que resuena también ante el trono de Dios. Y en el purgatorio espera la Santa Iglesia de Dios purgante, llamada también a ocupar algún día su lugar, porque la Santa Iglesia de Dios es Una en Cristo: “Y cuando le hayan sido sometidas todas las cosas, entonces el mismo Hijo también se someterá al que le sometió todas las cosas, para que Dios sea todo en todo”<sup>87</sup>. Tal es la actitud que conduce a la salvación: escuchar a Cristo, oír a la Santa Iglesia de Dios, aceptar la totalidad de su doctrina, someterse a sus decisiones: quien la desprecia, desprecia a Cristo.

Por esto, cualquiera que no acepte voluntariamente la Santa Iglesia de Dios no forma parte del rebaño de Cristo. Son ovejas sin pastor, que se guían por su capricho; y porque no oyen la voz del pastor, Cristo no las reconoce por suyas: “Pero vosotros no creéis porque no sois de mis ovejas. Mis ovejas oyen mi voz, Yo las conozco y ellas me siguen. Y Yo les daré vida eterna, y no perecerán jamás, y nadie las arrebatará de mi mano”<sup>88</sup>.

Por esto, cualquier persona que traicione la Santa Iglesia de Dios, por seguir cualquier falsa ideología o falsa doctrina, o cualquier secta protestante, o cualquier cisma, o que enseñe herejías dentro de ella, tal persona puede caer en la apostasía, perdiendo totalmente la fe, y condenándose eternamente en el infierno: “Jesús les habló otra vez, y dijo: Yo soy la luz del mundo. El que me siga, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida”<sup>89</sup>.

Por esto, somos hijos del Padre celestial si escuchamos a su Hijo Jesucristo y obedecemos al Espíritu Santo en la tierra por medio de la Santa Iglesia de Dios, esta es la comunidad sobrenatural establecida por Dios mismo; fuera de este camino de la obediencia inspirada en la fe, no hay salvación eterna.

La cruz de Nuestro Señor y por ende su santo sacrificio, ha venido a constituirse después del pecado, en ley de la humanidad: “Y convocando a la muchedumbre con sus discípulos les dijo: si alguno quiere venir en pos de Mí, renúnciese a sí mismo, tome su cruz, y sígame”<sup>90</sup>.

Que carecerá de valor sino no va unido al sacrificio de la Santa Iglesia de Dios, que te devolverá, por tanto, hostia por hostia. ¡Oh divino salvador! Porque tú amas tanto a tu esposa que haces una inmolación total con ella, y renovada después incesantemente por las misas que a diario se dicen en el mundo.

No hay cosa que contribuya más a enderezar el alma en la dirección de sus acciones hacia Dios, como el recuerdo de la eternidad.

En la Una Santa Iglesia de Dios recordamos las expresiones, vida eterna, cielo, infierno, purgatorio, muerte, y otras postrimerías parecidas se mencionan frecuentemente.

Sufragios, oficios, y exequias de los difuntos, presentan a mi consideración: La muerte, el juicio, los premios y castigos sin fin, el precio del tiempo, y las purificaciones indispensables en este mundo o en el purgatorio para entrar en el cielo.

La Santa Iglesia de Dios me está gritando sin cesar: ¡alma bendita no te olvides de los siglos eternos! Con el fin de mantenerme fiel a su divisa: “Uno es

---

<sup>87</sup>. I Corintios XV, 28

<sup>88</sup>. San Juan X, 26-27

<sup>89</sup>. Ibíd. VIII, 12

<sup>90</sup>. San Marcos VIII, 34



### La barca de San Pedro

el cuerpo y uno el Espíritu, y así también una la esperanza de la vocación a que habéis sido llamados, uno el Señor, una la fe, uno el bautismo, uno el Dios y Padre de todos, el cual es sobre todo, en todo y en todos”<sup>91</sup>.

Y es en esta Una Santa Iglesia de Dios, en donde debe permanecer la unidad: unión sublime de la fe, de los sacramentos, de la Santa Misa, y de gobierno, porque es en ella donde se conserva la esencia divina, revelada por Nuestro Señor Jesucristo y transmitida por los santos apóstoles.

Porque la Una Santa Iglesia de Dios, es la única Santa Iglesia de Jesucristo, por lo tanto no puede perder su unidad, y en ella se origina la unión de los cristianos, y que debe estar bien fundada sobre la verdad que ella posee: su santa doctrina: “Subió en una de aquellas, la que era de Simón, y rogó a este que la apartara un poco de la tierra. Y sentado, enseñaba a la muchedumbre desde la barca. Cuando acabó de hablar, dijo a Simón: guía adelante, hacia lo profundo, y echad las redes para pescar. Respondióle Simón y dijo: Maestro, toda la noche estuvimos bregando y no pescamos nada, pero, sobre tu palabra, echaré las redes. Lo hicieron, y apresaron una gran cantidad de peces. Pero sus redes se rompían. Entonces hicieron señas a los compañeros, de la otra barca, para que viniesen a ayudarles. Vinieron, y se llenaron ambas barcas, a tal punto que se hundían. Visto lo cual, Simón Pedro se echó a los pies de Jesús, y le dijo: ¡apártate de mí, Señor, porque yo soy un pecador! Es que el estupor se había apoderado de él y de todos sus compañeros, por la pesca que habían hecho juntos; y lo mismo de Santiago y Juan, hijos de Zebedeo, que eran socios de Pedro. Y Jesús dijo a Simón: no temas; desde ahora pescarás hombres. Llevaron las barcas a tierra y, dejando todo, se fueron con Él”<sup>92</sup>.

---

<sup>91</sup>. Efesios, IV, 5-6; cf. I Corintios XV, 28; El Alma de todo Apostolado. Dom J.B. Chautard. Ed. Dinor. San Sebastian, España. 1955

<sup>92</sup>. San Lucas V, 3-11

Por esta razón, la Una Santa Iglesia de Dios, se constituye en el arca de salvación, sólo cuando su santa doctrina es predicada de una manera correcta y verdadera. La fe de la Santa Iglesia de Dios, es la fe que puede llenar los vacíos de la vida religiosa y de la vida del hombre, la fe que puede dar la real paz al alma, esta paz que tanto anhelamos: “Os dejo la paz, os doy la paz mía; no os doy Yo como da el mundo. No se turbe vuestro corazón, ni se amedrente”<sup>93</sup>.

Tengamos así una gran confianza en la Santa Iglesia de Dios que Jesucristo nos la ha dejado: ella, es otro Él mismo. Nosotros tenemos la felicidad de pertenecer a esta sociedad: que es Una y Santa. Debemos regocijarnos inmensamente, y dar sin cesar acción de gracias a Dios de habernos hecho entrar dentro del reino de su Hijo bien amado. ¿No es una aseguración grande de poder obtener, por nuestra incorporación a la Santa Iglesia de Dios, la gracia y la vida de la fuente autentica y oficial? La Santa Iglesia de Dios es la esposa de Jesucristo; ella es nuestra madre; nosotros debemos amarla; porque ella nos lleva a Cristo y nos une a Él; amar y reverenciar su doctrina, porque es la doctrina de Jesucristo Nuestro Señor; amar su oración y asociarnos a ella, porque es la oración misma de la esposa de Cristo: no hay nada más seguro para nosotros, más agradable a Nuestro Señor. Debemos, en una palabra, acogernos a la Santa Iglesia de Dios, a todo lo que de ella nos dice, que nos viene como si nosotros estuviéramos acogidos a la persona misma de Jesucristo Nuestro Señor<sup>94</sup>



**“A ti te daré las llaves del reino de los cielos: lo que atares sobre la tierra, estará atado en los cielos, lo que desatares sobre la tierra, estará desatado en los cielos”.**

**San Mateo XVI, 19**

---

<sup>93</sup>. San Juan XIV, 27

<sup>94</sup>. Jesucristo Vida del Alma. Dom Columba Marmión. Ed. Desclée. Paris, Francia. 1941. Págs. 112-113